gran meseta desierta. Viene de la colinas el fresco aroma del tomillo y del espliego. Los reclamos silban dulcemente entre el gran susurro de los pinos. El sol muestra en el horizonte un mechón de sus cabellos llameantes, y sobre una estaca se ve, en la blanca claridad, un tordo inmóvil.

Id á correr las liebres y no os riáis, porque haríais que mi tordo emprendiera el vuelo.

V

Tengo dos gatas La una, Francisca, es blanca como alborada de Mayo. La otra, Catalina, es negra como noche tempestuosa.

Francisca tiene la cabeza ovalada, la cara sonriente de una europea. Sus grandes ojos de un verde pálido llenan su rostro. Su nariz y sus labios de rosa parecen teñidos de carmín. Se creería que se pinta como una virgen enamorada de su cuerpo. Reluciente, regordeta, parisiénse hasta la punta de las uñas. Se balancea al andar, toma posturas graciosas, levanta el rabo con el movimiento nervioso de una señorita que se recoge la cola del vestido.

Catalina tiene la cabeza puntiaguda y fina de una diosa de Egipto. Los ojos, amarillos como limas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un ídolo bárbaro. En las comisuras de sus delgados labios está estereotipada la eterna ironía

silenciosa de las esfinges. Cuando se sienta sobre sus patas traseras, con la cabeza alta é inmóvil, es una divinidad de mármol negro, el gran Pacht hierático de los templos de Tebas.

Pasan ambas el día entero en la arena rojiza del jardín. Francisca se revuelca con el vientre al sol, lamiéndose las manos con la delicadeza de una coquetilla que se las lava con jabón de almendras dulces. Se adivina en su aire ligero y mundano que no tiene tres ideas en la cabeza.

Catalina piensa. Piensa, mirando sin ver, penetrando con sus miradas en el mundo desconocido de los dioses. Durante horas permanece derecha, implacable, sonriendo con su extraña sonrisa de animal sagrado.

Cuando acarició á Francisca con la mano, arquea el lomo, lanzando un maullido ligero de beatitud. ¡Es tan feliz con que se ocupen de ella! Alza la cabeza con movimientos cariñosos; me devuelve mi halago frotando su nariz en mis mejillas. Su pelo se estremece; su cola ondula con lentitud, y acaba por caer en dulce desmayo, con los ojos cerrados, roncando suavemente.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, sumida en su éxtasis religioso. Tiene el pudor de una diosa, á quien irrita y hiere

todo contacto humano. Si logro colocarla en mis rodillas, se agazapa, alarga la cabeza, está alerta, prontaá escapar de un salto. Sus nerviosos miembros, su delgado cuerpo, permanecen inertes bajo mis dedos que la acarician. No se digna descender á la alegría del amor de un mortal.

Asi, pues, Francisca es una hija de Paris, Loreta ó Marquesa, criatura ligera y encantadora, que se vendería por un elogio á su traje blanco; y Catalina es la hija de alguna ciudad en ruinas, que está no sé dónde, allá abajo, donde nace el sol. Pertenecen á dos civilizaciones diferentes: muñeca moderna, ídolo de cera, nación muerta.

¡Ah, si pudiese leer en sus ojos! Las tomo en brazos, las miro fijamente para que me cuenten sus secretos. No pestañean, y son ellas las que me estudian á mí Nada leo en la transparencia de sus ojos, que se abren como agujeros sin fondo, como pozos vidriosos de claridad pálida, donde nadan chispas ardientes.

Y Francisca ronca con más ternura, mientras los ojos amarillos de Catalina me atraviesan como hojas de acero.

Ultimamente Francisca ha dado á luz. Esta atolon-

drada tiene excelente corazón. Cuida con exquisita ternura al gatito què se le ha dejado. Lo coge delicadamente por el cuello y lo pasea por todos los rincones de la casa.

Catalina la observa sumida en profundas reflexiones. El gatito le interesa. Toma, al mirarlo, actitudes de filósofo antiguo, que piensa en la vida y muerte de las criaturas, construyendo en su imaginación todo un sistema de filosofía.

Ayer, mientras la madre había salido, se puso en cuclillas delante del pequeño. Le olió, le volvió con la pata. Después, bruscamente, se lo llevó á un rincón obscuro. Allí, creyéndose bien resguardada, se plantó delante del gatito, con los ojos brillantes y el lomo erizado, como una sacerdotisa que se apresta á hacer un sacrificio. Iba, según creo, á destrozar de una dentellada la cabeza de la víctima, cuando me apresuré á intervenir y á echarla. Al huir, ágil, silenciosa, me dirigió diabólicas miradas.

Pues bien: yo prefiero á Catalina; la amo, porque es pérfida y cruel como una bestia del infierno. ¿Qué me importan las gracias ligeras de Francisca, sus

muecas deliciosas, sus actitudes de coqueta? Todas las hijas de Eva tienen su blancura y sus halagos. Mas no he encontrado ninguna hermana de Catalina, criatura perversa y fría, ídolo negro que vive en el eterno pensamiento del mal.

VI.

Las rosas de los cementerios extienden sus anchas hojas, de una blancura de leche ó de un rojo sombrío. Las raíces beben en el fondo de los ataúdes la palidez de los senos virginales, el brillo sangriento de los corazones llagados. Esta rosa blanca debe su vida á una niña, muerta á los diez y seis años; aquella roja es la última gota de sangre de un hombre que cayó en la lucha.

¡Oh flores espléndidas, flores vivientes, donde hay algo de nuestros muertos!

En el campo, los ciruelos y los albaricoques elevan gallardamente sus ramas á espaldas de la iglesia, á lo largo de los muros ruinosos del pequeño cementerio. El sol dora los frutos: el aire comunica sabor exquisito. Y el ama del cura hace con ellos dulces que tienen fama en diez leguas á la redonda. Los he comido; nada hay que se les pueda comparar.

Conozco uno de esos cementerios de aldea, donde hay groselleros soberbios, altos como árboles. Las grosellas rojas parecen, entre las hojas verdes, ramas de cerezas. He visto al sacristán, por la mañana, con un panecillo debajo del brazo, desayunarse tranquilamente, sentado en el filo de alguna losa funeraria. Le rodeaba una banda de gorriones. Cogía las grosellas, y echaba migas á los pájaros; unos y otro comían con gran apetito al lado de los muertos

La hierba crece lozana y tupida. En un rincón, las amapolas se extienden en roja alfombra. El aire sopla en grandes ráfagas, trayendo de la llanura el buen olor del heno recién cortado. Al mediodía las abejas zumban al sol, las lagartijas grises permanecen inmóviles, con la boca abierta, bebiendo la luz, al borde de sus agujeros. Los muertos tienen calor; aquello no es ya un cementerio; lo invade la vida universal; el alma de los muertos pasa á los troncos de los árboles; el ayer y el mañana se funden en un beso. Las flores son las sonrisas de las jóvenes; los frutos, la recompensa del trabajo de los hombres.

Allí no es crimen el coger las violetas y las amapolas. Los niños acuden á hacer ramos con ellas. El cura no se incomoda cuando se suben á los ciruelos. Los ciruelos son del cura, pero las flores son de todo el mundo. A veces es preciso segar el cementerio; la hierba está tan alta, que oculta las cruces de madera; entonces, un jumento que pertenece al

cura se come el forraje. La aldea no halla en esto ningún mal; ninguno de los feligreses acusa al jumento de morder el alma de los muertos.

Mathurina había plantado un rosal en la tumba de su prometido, y todos los domingos del mes de Mayo iba á cortar una rosa, que prendía en su jubón. Pasaba el día aspirando el aroma de su amor desaparecido. Cuando bajaba los ojos, creía que su novio la sonreía.

Me gustan los cementerios en los dias de sol claro. Voy á ellos con la cabeza desnuda, olvidando mis odios; como á una ciudad santa donde todo es amor y perdón.

Una de estas últimas mañanas me encaminé al Pére Lachaise. Las filas de blancas tumbas se destacaban en la limpidez azul del horizonte. Masas de árboles se alzaban en la colina, dejando ver, por entre el encaje, aun naciente, en sus hojas, los soberbios sepulcros, los grandes mausoleos. La primavera es compasiva con los campos desiertos, donde reposan nuestros muertos bien amados; cubre de blanco césped las alamedas que recorren pausadamente las jóvenes viudas; blanquea los mármoles con su luz alegre y pura. A lo lejos se asemeja el cementerio á verde ramo gigantesco, salpicado aquí y allí de manojos de flores de espinos blancos. Las tumbas son como las flores de la hierba y del follaje.

Me interné con paso lento por las calles de árboles. El silencio era imponente. ¡Qué aromas tan penetrantes! ¡Qué ráfagas, venidas no se sabe de dónde, templadas como alientos acariciadores de mujeres que no se ven! Se siente que todo un pueblo duerme en aquella tierra que se conmueve y queja bajo el pie del transeunte.

Se escapa de cada arbusto, de cada hendedura de las losas, una respiración regular y dulce como la de un niño, que flota á ras de suelo, con la paz inefable del último sueño.

Muchos inviernos han pasado sobre el busto de Musset. Lo he encontrado más pálido, más enfermizo. Las últimas lluvias le han vestido de nuevo. Un rayo de sol qué cae de un árbol vecino, ilumina con viva claridad el perfil fino y nervioso del poeta. Este medallón, con su eterna sonrisa, tiene un encanto que entristece.

¿A qué atribuir el extraño poder que Musset ha ejercido en mi generación? Hay pocos jóvenes que, después de haberlo leído, no hayan conservado en su corazón una dulzura eterna. Y sin embargo, Musset no nos enseñó á vivir ni á morir; cayó al paso; sólo

pudo, en su agonía, levantarse de rodillas para llorar como un niño. No importa; le amamos; le amamos verdaderamente, como se ama á una querida que nos fecunda el corazón, martirizándolo.

Y es que Musset lanzó el grito de desesperación del siglo; es que fué el más jóven, el que más padeció de todos nosotros.

El sauce que manos piadosas plantaron delante de su tumba está siempre lánguido. Nunca este sauce, á cuya sombra quiso dormir, ha crecido vigoroso y libre, en la fuerza de la savia. Sus hojas amarillas cuelgan tristemente; sus ramas se inclinan hacia el suelo. Quizá sus raíces van á beber en el corazón del muerto todas las amarguras de una vida derrochada.

Permanecí pensativo largo rato. Allá abajo zumbaba París. En el cementerio, el grito de algún pájaro, el susurro de algún insecto, el chasquido de una rama que se rompía súbitamente. Después, silencio profundo, en medio del cual se oía mejor el respirar de las tumbas. Sólo un vecino del barrio, algún modesto rentista sin duda, avanzaba suavemente por la alameda, en zapatillas, con las manos á la espalda, como honrado individuo de la clase media que aspira las primeras brisas tibias.

Mis recuerdos se despertaban. Me hablaban de mi

juventud, de la época feliz en que recorría los senderos de mi querida Provenza. Musset era entonces mi compañero. Le llevaba en el bolsillo; y detrás de la primera zarza, soltaba mi escopeta sobre la hierba, me sentaba, y leía al poeta, á la sombra ardiente del Mediodía, perfumada con el aroma de la salvia y del tomillo.

Le debo mis primeras penas y mis primeras alegrías. Hoy aún, en la pasión de análisis exacto que me devora, cuando me suben al rostro oleadas repentinas de juventud, pienso en este desesperado, y le agradezco haberme enseñado á llorar.

VII.

¡Mayo, mes de las flores, mes de los nidos! El sol sonríe discretamente, y quiero creer en el sol. Me lanzo á la calle á gozar de la alegre mañana, atento sólo á la alegría de los gorriones.

Si esta tarde llueve, perdóneme el cielo mi canto de alegría que saluda á la primavera.

En el parque de Monceau, una joven casada, que iba á ser madre, se había sentado delante de un prado. Llevaba traje de seda gris. Sus manecitas enguantadas, los encajes de la falda y chaqueta, la

delicada palidez de su rostro, demostraban la elegante y rica ociosidad de su vida. Era uno de los seres dichosos de este mundo.

La joven contemplaba dos gorriones que saltaban airosamente en la hierba. Uno detrás de otro, venían á coger tallitos, pajitas, y volaban á un árbol inmediato. Construían su nido. La hembra cogía delicadamente las briznas de hierbas, las trenzaba con los materiales ya reunidos, y luego los aplastaba con el peso tibio y palpitante de su cuerpos. Era un ir y venir furtivo, una obra de amor en que la ternura suplía á la fuerza.

La desconocida vestida de seda gris miraba á los dos amantes tan solícitos en preparar la cuna de sus hijos. Aprendía la ciencia de los pobres, que sólo tienen un puñado de paja y el calor de sus caricias para proteger á sus pequeños contra el frío de la noche.

Se sonrió con triste dulzura, y á través de sus ojos pensativos, creí leer en su mente:

«¡Ay! Soy rica; no puedo gozar de la alegría de estos pájaros. Un ebanista construye en este momento la cuna de palo de rosa, en que una nodriza normanda ó picarda mecerá á mi hijo; una fábrica teje las telas de lana é hilo que harán entrar en calor sus miembros delicados. Una obrera prepara la canastilla. Una matrona prodigará los primeros cuidados al recién nacido. Sólo á medias seré la madre

del querido niño; le echaré desnudo al mundo; no seré la única acreedora á su agradecimiento. Y estos pajarillos construyen la cuna, tejen y cosen, lo crean todo por un milagro de amor; convierten en tibio lecho el primer agujero que encuentran. La ternura que les guía en su trabajo es envidiada por las jóvenes madres.»

En el campo los nidos brotan naturalmente en los vallados y en los árboles, como flores vivientes. Se abren, se despliegan al primer rayo de sol. Dejan escapar gorjeos á la hora en que los espinos blancos exhalan sus aromas.

Los pinzones y los jilgueros, eligen los arbustos; los cuervos y las urracas se encaraman á las más altas ramas de los álamos; las alondras y las currucas anidan en el suelo, en los trigos y las zarzas. Todos estos amantes, celosos de su ternura, necesitan el gran silencio de los campos. Bien sé que hay miserables que violan los nidos para desplumar las crías ó comerse los huevos en tortilla. Por eso los pájaros se ocultan más cada año; huyen al desierto.

Unicamente las golondrinas y los gorriones se atreven á confiar sus amores á las paredes y árboles de Paris. Viven, aman entre nosotros. Tenemos también canarios enjaulados que anidan é incuban. Pero, ¡qué amores tan tristes! Parece que estos canarios se han casado ante el juez municipal. Su unión forzada, su vida entre alambres, es tonta como el matrimonio.

Sus crías, torpes y tristes, no dan nunca los libres aletazos de los hijos del amor.

Es preciso ver á los gorriones libres, en los agujeros de los antiguos muros; á las golondrinas en las repisas de las chimeneas. Estos sí que se aman y conciben á la luz del sol; no hay entre ellos más que casamientos de inclinación.

Las golondrinas convierten á París en su estación de verano. Al llegar, visitan las cunas vacías que abandonaron al sentirse los primeros frios. Reparan la casa ruinosa; la consolidan, la visten de plumón. Y los poetas y los enamorados que pasan, abiertos el corazón y el oído, oyen los gritos de ternura de las pequeñas crías dominando el ruido de los carruajes.

Pero el verdadero hijo de París, el pilluelo del aire, es el gorrión libre, que lleva la blusa gris del obrero. Es popular, burlón, desvergonzado; su grito parece un remedo; su batir de alas una mueca; en los movimientos de su cabeza hay un no sé qué de truhanesco y agresivo.

Prefiere las alamedas llenas de polvo, los boulevares abrasados, á las frescas sombras de Meudon y de Montmorency. Le gusta el zipizape de las calles: bebe en el arroyo, come pan, y se pasea tranquilamente por las aceras Ha dejado los campos, en

que se fastidiaba en compañía de animales tontos é incivilizados, para venir á vivir entre nosotros, alojándose bajo nuestras tejas, alumbrándose por las noches con la luz del gas, y haciendo durante el día sus pequeños negocios en la calle, como paseante ú hombre ocupado.

El gorrión es un parisiense que no paga contribución. Es el tití de la nación alada, y experimenta verdadera debilidad por el alajú y la civilización moderna.

En los jardines públicos, sobre todo en el mes de Mayo, debe estudiarse el atrevimiento y la diligencia de los gorriones. Hay gentes que van al Jardín de Plantas para estacionarse delante de las verjas y contemplar los animales encerrados. Si visitáis algún día la casa de fieras, mirad los pájaros sueltos, los gorriones que vuelan al aire libre.

Los gorriones entonan junto á las jaulas cantos de triunfo. Celebran en alta voz su libertad. Entran por entre las rejas impunemente; las llenan con su vuelo; son la eterna desesperación de los animales cautivos; roban las migajas de pan á los monos y á los osos; los primeros les amenazan con el puño; los segundos protestan con balanceos de cabeza, llenos de impaciencia desdeñosa. Los gorriones escapan. Son la cria-

tura libre y alegre en aquel arca donde el hombre pretende encerrar á la creación.

En Mayo, los gorriones del Jardín de Plantas construyen sus nidos bajo las tejas de las casas inmediatas. Son más cariñosos; procuran quitar una hebra de lana ó de crin de la piel de los animales. Cierto día vi que un león alargaba su poderosa cabeza sobre las patas extendidas, mirando á un gorrión que saltaba atrevidamente por entre los barrotes de su jaula. El feroz animal tenía los ojos entornados en actitud de meditación triste y penosa; pensaba, sin duda, en los desiertos sin fin, y dejó que el gorrión le arrancase un pelo rojo de su pata.

VIII.

He ido á los Mercados una de estas últimas madrugadas. París tiene pocos atractivos tan de mañana. Aún no ha comenzado su tocado. Se parece á un vasto comedor, aún templado aún pringoso desde la cena de la víspera; los huesos ruedan por el suelo; los desperdicios están amontonados sobre el mantel. La familia se fué á la cama sin levantar la mesa, y solo al dia siguiente la criada da cuatro escobazos y pone manteles limpios para el desayuno.

En los mercados la batahola es enorme. Es la despensa colosal donde se encierra al alimento de todo París. Cuando éste abra los ojos, tendrá ya el vientre lleno. A la claridad indecisa de la mañana, entre el murmullo de la multitud, se ven colgar cuartos rojos de carne, cestos de peces, cuyas escamas brillan al sol con resplandores argentinos; montañas de legumbres, que salpican la sombra de manchas blancas y verdes. Es un desplome de comestibles, de carretas vaciadas sobre el pavimento, de cajas volcadas; de sacos abiertos que dejan caer su contenido; una marea creciente de huevos, de frutas, de aves, que amenaza invadir las calles inmediatas é inundar á París entero.

Avanzaba curiosamente por en medio de esta confusión, cuando vi á unas mujeres que hundían sus manos en anchos montones de color negruzco extendidos en el suelo. Bailaba el fulgor de los faroles, y creí al principio que se trataba de desperdicios de carne que se vendían con rebaja.

Me aproximé; me había equivocado. Aquellos montones eran manojos de rosas.

Toda la primavera de las calles de París se arrastra sobre ese suelo fangoso entre los comestibles de los Mercados. Los días solemnes, la venta comienza á las dos de la mañana. Los jardineros de las afueras traen sus flores en grandes ramos, que tienen un precio corriente según la estación, como los nabos y las horta-

lizas. Esta venta se efectúa por la noche. Los revendedores, los mercaderes al por menor, meten los brazos hasta los codos en las carretadas de rosas; parece que ejecutan una mala acción: parece que mojan sus manos en algún baño sangriento.

Es cuestión de tiempo. Los bueyes abiertos en canal que chorrean sangre, serán lavados y adornados con guirnaldas de flores artificiales; las rosas que se pisotean, montadas en mimbres, despedirán suave aroma entre su collar de hojas verdes.

Me detuve ante estas pobres flores moribundas. Estaban húmedas aún, atadas brutalmente con cuerdas que cortaban sus tallos delicados. Conservaban todavía el olor fuerte de las coles en cuya compañía habían venido. Y había algunos ramos rodando por el suelo que agonizaban.

Cogí uno de estos ramos; se hallaba lleno de fango por un lado; se le lavará en un cubo de agua, y recobrará su aroma delicado. Algunas manchas de lodo que acaso queden en el fondo de los pétalos, demostrarán únicamente su visita al arroyo. Los labios que le besen por la tarde serán quizá menos puros que él.

Entonces, en medio del abominable estruendo de los Mercados, recordé el paseo que di contigo, Ninon, hará unos diez años. Nacía la primavera; las tiernas

hojas brillaban al claro sol de Abril. El senderito que seguía la costa estaba limitado por extensos campos de violetas. Al pasar, se sentía subir grato aroma, que penetraba y enlanguidecía el alma

Te apoyaste en mi brazo; estabas rendida; te adormecía el amor bajo la influencia del oloroso ambiente. El campo estaba luminoso y los mosquitos volaban en los rayos del sol. El silencio era inmenso. Nuestro beso fué tan discreto, que no asustó á los pinzones que nos espiaban desde los cerezos en flor.

Al revolver un recodo del camino, vimos en una pradera á algunas viejas encorvadas que cogían violetas, y las echaban en grandes cestos. Llamé á una de ellas.

—¿Quiere V. violetas? (me preguntó) ¿Cuántas? ¿Una libra?

Vendía sus flores por libras; huímos desolados; creímos ver á la primavera abriendo en la poética campiña una tienda de comestibles. Me deslicé por encima del vallado, y robé algunas violetas macilentas, que tuvieron para ti nuevo atractivo. Pero he aquí que en el bosque, en lo más escondido, sobre una eminencia, crecían violetas, violetas muy pequeñas, muertas de miedo, que trataban de ocultarse bajo las hojas con mil astucias.

Tiraste en el acto las violetas robadas, aquellas tontas de violetas que crecían en campos labrados y se vendían por libras. Querías flores libres, hijas del

rocío y del sol de levante. Durante dos horas estuve rebuscando en la hierba. En cuanto encontraba una flor, corría á vendértela. Tú me la comprabas con un beso.

Y pensaba yo en esas cosas lejanas, entre los olores, ante el ruido ensordecedor de los Mercados, mirando las pobres flores muertas en el empedrado. Me acordaba de mi amante y de aquel ramo de violetas secas que tengo en casa, en el fondo de un cajón. Conté, al volver, estas pobres flores ajadas. Había veinte, y sentí sobre mis labios la dulce quemadura de veinte besos.

IX.

He visitado un campamento de bohemios establecido enfrente del puesto de guardia de la puerta de Saint-Ouen. Estos salvajes deben reirse mucho de la tontería de esta ciudad, que tanto se molesta por ello. Me ha bastado seguir á la multitud; todo el distrito se agrupaba en torno de sus tiendas, y he pasado la vergüenza de ver á gentes, cuyo aspecto no es de imbéciles del todo, llegar en coche descubierto y acompañadas de lacayos con libreas.

Cuando este pobre París experimenta alguna curiosidad, no le duelen prendas. He aquí el caso de los bohemios de que se trata. Habían venido para componer cacerolas y calderos. Pero al observar desde el primer día la turba de granujas que les miraba, comprendieron con qué clase de población tenían que habérselas. Se apresuraron, pues, á abandonar los calderos y cacerolas. Viendo que se les consideraba como un espectáculo curioso, consintieron con burlona condescendencia en exhibirse á dos sueldos la entrada. Una empalizada rodea el campamento, y hay dos hombres colocados junto á dos aberturas muy estrechas, recogiendo las ofrendas de las señoras y caballeros que quieren visitar la pocilga. Es un tropel, una irrupción de espectadores. Ha sido preciso enviar agentes de orden público. Los bohemios vuelven á veces la cabeza para no reirse en las narices de los tontos, que, en su apresuramiento, les echan monedas de plata.

Yo me los figuro por la noche, cuando ya no queda nadie, contando la colecta. Han atravesado toda Francia entre los sofiones de los campesinos y la desconfianza de los guardas de campo. Llegan á París con el temor de que se les encierre en el fondo de alguna mazmorra, y se despiertan en medio de este sueño dorado de un pueblo de damas y caballeros que se extasía delante de sus andrajos. ¡Ellos, ellos, á quienes se arroja de ciudad en ciudad! Me parece verlos alzarse en el talud de las fortificaciones, en-

vueltos en sus harapos y lanzar una gran carcajada de desprecio sobre París dormido.

Dentro de la empalizada hay siete ú ocho tiendas, colocadas de modo que dejan entre sí como una especie de calle. Detrás de ellas, caballos tísicos, pequeños y nerviosos, pacen la hierba chamuscada. Bajo jirones de viejos cobertizos se ven las ruedas bajas de los carros.

En el interior reina un hedor insoportable de suciedad y de miseria. El suelo está ya reducido á polvo, desmoronado, putrefacto. Sobre la empalizada se han expuesto al aire jergones, mantas descoloridas, colchones cuadrados en que dos familias deben dormir cómodamente: todo el menaje de un hospital de leprosos puesto á secar al sol. En las tiendas, levantadas al uso árabe, muy altas, y abriéndose como las colgaduras de un lecho, hay amontonados harapos, banquillos, objetos que carecen de forma y de color, y duermen allí sobre una densa capa de grasa, de tonos vigorosos, propios para entusiasmar á un pintor.

He creído reconocer la cocina al extremo del campamento, en una tienda más estrecha que las otras. Había allí algunas marmitas de hierro y trévedes: hasta me ha parecido ver un plato. Por otra parte, ni la menor sombra de fuego. Las marmitas sirven quizá para preparar el potaje del sábado.

Los hombres son altos, fuertes, tienen la cara redonda y los cabellos muy largos, formando bucles, de un negro brillante y aceitoso. Van vestidos con todos los guiñapos recogidos en el camino. Uno de ellos se paseaba embozado en una cortina de cretona con grandes ramos amarillos. Otro llevaba una chaqueta, que debía ser un frac al que se había cortado la cola. Muchos ostentaban faldas de mujer. Todos se sonreían, con sus largas barbas, claras y sedosas. Para cubrirse la cabeza, parecían preferir la copa de algún sombrero viejo de fieltro, que habían convertido en casquete, quitándole las alas.

Las mujeres son también altas y robustas. Las viejas, enjutas, horrorosas; en su negra desnudez y con sus cabellos sueltos, parecen hechiceras cocidas al fuego del infierno. Entre las jóvenes las hay muy hermosas, bajo su capa de grasa; la tez cobriza, con grandes ojos negros de extremada dulzura. Estas se hacen las coquetas: sus cabellos colgaban por detrás de las orejas en dos gruesas trenzas, atadas entre sí con cintas de color rojo. Con sus faldas chillonas las espaldas cubiertas de un chal anudado á la cintura, y en la cabeza un pañuelo que sujetaban sobre su frente, se las creería reinas bárbaras caídas de su trono.

Y los niños, todo un rebaño de niños, bullía sin cesar.

Había uno en camisa, con un chaleco larguísimo de hombros, que le golpeaba las pantorrillas, tenía en

la mano un hermoso escarabajo azul. Otro, muy pequeño, de dos años á lo más, desnudo completamente, se paseaba muy grave entre las risas estrepitosas de las muchachas del barrio; y estaba tan sucio el pobre niño, tan verde y tan rojo, que se le hubiera tomado por un bronce florentino, por una de esas encantadoras figuritas del Renacimiento.

Toda la horda permanecía impasible ante la ruidosa curiosidad de la multitud. Hombres y mujeres duermen bajo las tiendas; una madre tenía el seno al aire, moreno como una calabaza ennegrecida por el uso; daba de mamar á un pequeñuelo tan rojizo, que se hubiese dicho que era de cobre. Otras mujeres en cuclillas, miraban seriamente á estos extraños parisienses que escarban con avidez en el fango. Pregunté á una de ellas lo que pensaba de nosotros; se sonrió débilmente sin contestar.

Una hermosa joven de veinte años se paseaba entre los bodoques, sobajeando á las damas de sombrero y traje de seda, á las cuales ofrecia decirles la buenaventura. La vi *funcionar*. Tomó la mano de una señorita, escondiéndola en la suya con tantas zalamerías, que la mano acabó por abandonarse á ella. Entonces dió á entender que era preciso poner una moneda en la mano; no bastaba una moneda de cincuenta céntimos; quiso dos, y aun hablaba de cinco francos.

Al cabo de algunos momentos, después de haberle

prometido larga vida, hijos, mucha felicidad, cogió las dos monedas, hizo con ellas la señal de la cruz sobre el borde del sombrero de la joven, y á la palabra *amén*, las echó en su bolsa, una bolsa inmensa, donde entreví algunos puñados de monedas de plata. Es verdad que vende un talismán: rompe con los dientes un pedacito de una substancia rojiza, que parece ser corteza seca de naranja; la envuelve en la punta del pañuelo de la persona á quien acaba de decir la buenaventura; después, recomienda que se la añada pan, sal y azúcar. Esto debe impedir todas las enfermedades y conjurar el mal espíritu.

Y la hechicera desempeña su papel con pasmosa gravedad. Si alguien se guarda alguna de las monedas que tiene en la mano, jura que sus buenos deseos se convertirán en males espantosos. Esto es ingenuo, pero el gesto y el acento son excelentes.

En la pequeña ciudad provenzal donde me crié, se tolera á los bohemios, pero éstos no despiertan tanta curiosidad. Se les acusa de comer los gatos y perros que se pierden, lo cual es causa de que los buenos vecinos los miren de soslayo. Las gentes elegantes vuelven la cabeza cuando pasan á su lado.

Llegan con su casa portátil, y se instalan en algún rincón abandonado de los arrabales. Ciertos sitios están habitados todo el año por tribus de niños harapientos, hombres y mujeres tendidos al sol. He visto entre ellos criaturas hermosísimas. Nosotros, los ga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

lopines, que no experimentábamos la repugnancia de las gentes elegantes, íbamos á mirar al fondo de los carros donde esos infelices duermen en el invierno Y me acuerdo que un día, sintiendo oprimido mi corazón por una grave pena de escolar, me figuré que montaba en uno de esos carros que partían, y acompañando á las altas y hermosas jóvenes, cuyos ojos negros me daban miedo, me iba muy lejos, al fin del mundo, rodando siempre por los caminos.

X.

Un jóven químico, amigo mío, me dijo una mañana:

—Conozco a un viejo sabio que se ha retirado á una casita del boulevard del Infierno para estudiar en paz la cristalización de los diamantes. ¿Quieres venir á verlo?

Acepté con secreto terror. Un hechicero me habría asustado menos, porque el diablo no me inspira mucho miedo; pero temo al dinero, y confieso que el hombre que encontrarse la piedra filosofal me infundiría respetuoso espanto.

Por el camino, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedraspreciosas. Nu-

estros químicos se ocupan en ella hace largo tiempo; pero los cristales que han obtenido son tan pequeños y su coste se eleva tanto, que la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. La cuestión consiste, pues, en hallar agentes más poderosos, procedimientos más económicos.

Al fin llegamos. Mi amigo, antes de llamar me previno que al viejo sabio no le gustabalas visitas. y que probablemente nos recibiría muy mal, Era yo el primer profano que penetraba en el santuario.

El químico nos abrió. Debo confesar que al principio, su aire, un si es no es estúpido,-como de zapatero escuálido y embrutecido no me produjo buena impresión. Acogió á mi amigo afectuosamente, resignándose á recibirme con un sordo gruñido, como si se tratara de un perro que perteneciera á su joven, discípulo. Atravesamos un jardin completamente inculto. En el fondo estaba la casa, compuesta de cuatro paredones ruinosos. El sabio había derribado todos los tabiques, para formar una sola habitación, vasta alta. Había allí un material completo de laboratorio; aparatos extraños, cuyo uso ni siquiera traté de explicarme. Como único lujo, como únicos muebles, un banco y una mesa de madera negra.

Allí he experimentado uno de los mayoresdeslumbramientos de mi vida. A lo largo de las paredes, en el suelo, habia colocados fondos de cestos viejos, cuyos mimbres reventaban; estaban llenos hasta los